

«SIGLOS DE ORO: LA LITERATURA PASTORIL»

■ Conferencias de Francisco López Estrada

Sobre el tema «Siglos de Oro: la literatura pastoril», Francisco López Estrada, profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense, impartió en la Fundación Juan March, del 24 de febrero al 5 de marzo pasados, un ciclo de conferencias, en el que analizó la función desempeñada por la literatura pastoril en el curso de la historia literaria española, tratando de «superar la pesada losa de la crítica negativa acumulada sobre este género».

Ofrecemos seguidamente un extracto del ciclo.

Con el término de *literatura pastoril* señalamos un grupo de obras que tienen al pastor como al personaje decisivo de las mismas. Pero el pastor, como personaje creador de coherencia literaria, tuvo tanta fortuna en tantas literaturas, que no cabe establecer una sola entidad genérica que sea satisfactoria para una sola periodización. En torno del pastor se reúne un macrosistema que se subdivide en sistemas, según las determinadas vías de la expresión literaria (lírica, teatro, novela, etc.), que, a su vez, se reúnen en sistemas definidos a los que llamamos grupos genéricos (égloga, libro de pastores, etcétera).

La causa fundamental de esta variedad de la figura del pastor en la literatura obedece, en principio, a que el pastor fue un oficio común en el período primitivo de las diversas socie-



FRANCISCO LOPEZ ESTRADA es profesor emérito de Literatura Española en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense y académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas. Sus estudios se refieren, principalmente, a la Edad Media y a los Siglos de Oro de la literatura española. Es autor, entre otros libros, de «Introducción a la literatura medieval española» e «Historia de los libros de pastores» (vol. I, 1974).

dades que se sucedieron en la historia, y su consideración como figura literaria fue posible en muchas partes y en circunstancias históricas muy diversas. El pastor aparece como personaje propio del canto lírico, del diálogo, de la literatura dramática en sus formas cómica y trágico-cómica, de la narración propia de las formas folklóricas (cuento) y artísticas (novela).

Dentro de la tradición antigua que afluye a la literatura pastoril europea (y, por tanto, a la española) figuran en cabeza los griegos: el que fijó un grado determinado de la literatura pastoril fue Teócrito (s.III a.J.C.), quien estableció el grupo de los *Idilios*. Pero la obra que constituye el punto de partida indiscutible de la literatura pastoril europea fue la que conocemos con el título de *Bucólicas*, escrita por Virgilio entre los años 42 y 39 a.J.C. Es éste un caso decisivo en la literatura europea, que se ramifica en un árbol de sucesiones en tiempo y espacio. Así, para la clerecía medieval Virgilio, en su conjunto, es el autor que reúne los mejores ejemplos de la diversidad literaria establecida en tres géneros o estilos diferentes. La Poética medieval, en su función sistematizadora, ordenó los estilos en tres cauces definitivos: el elevado (la *Iliada*), propio de las personas nobles; el medio (las *Geórgicas*), propio de los que cultivan la tierra; y el humilde (las *Bucólicas*), propio de la vida pastoril.

Los orígenes lejanos: Juan del Enzina

Sobrepasando el cultivo de la clerecía, la vía abierta por los *studia humanitatis*, gracias sobre todo a Petrarca, la égloga latina se convirtió en un grupo genérico característico de la literatura europea desde 1300 a 1700. En España hizo la «traslación» de las *Bucólicas* Juan del Enzina (1468-1529), y apareció impresa en su *Cancionero* de 1496, dedicada a los Reyes Católicos, al igual que poco antes, en 1492, Nebrija había ofrecido a Doña Isabel su *Gramática* de la lengua vulgar.

También este río caudaloso de literatura pastoril que corre desde la Antigüedad clásica pudo confluir con la otra vía fundamental de la cultura europea medieval: la que procede de la Biblia. La importancia del pastor en la vida del pueblo judío hizo que su consideración se alzase hasta la condición de gobernante, apoyándose en la comparación del pueblo de Dios como rebaño y el pastor como el que conduce hacia la salvación terrena o divina.


Junto a esta corriente literal, siempre hubo conciencia de que desde el origen de los pueblos aparece una poesía oral de los pastores. El pastor es la figura social predominante en un primer período del proceso de la humanidad. La edad pastoril o primera es una edad de oro, en una perdida época de felicidad que luego se evocaría con nostalgia. En último término, algunos de los alegatos de los actuales ecologistas son como ecos de estas soterradas voces: el rechazo de los avances de la civilización en favor de las formas de vida primitiva, para conservar la naturaleza en la pureza con que la encontramos en la literatura pastoril.

El oficio del pastor resulta, además, propicio para el canto: le sobra tiempo y el ocio es compatible con la guarda del ganado. La confluencia está en componer e interpretar por la vía oral a través del folklore y componer y escribir por la vía de la letra. La literatura española supo establecer esa confluencia y adaptar las canciones de los pastores para su conservación por la letra. Resultan joyas poéticas cuando se glosan en los Cancioneros de los Siglos de Oro o se interpretan en el teatro o penetran en las diversas

Fundación Juan March
CURSOS UNIVERSITARIOS 1986/87

Siglos de oro:
La literatura pastoril

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA



FEBRERO 1987
Martes, 24
LOS ORIGENES LEJANOS. JUAN DEL ENZINA
Jueves, 26
LOS ORIGENES CERCANOS. GARCILASO

MARZO 1987
Martes, 3
LA CONSTITUCIÓN DEL NUEVO GÉNERO.
MONTMAYOR
Jueves, 5
LOS LIBROS DE PASTORES DE LOPE Y CERVANTES

© Todos los derechos reservados. Imp. y Ed. 1986 por el Salón de Actos de la Fundación Juan March. Canal 77. 3809. Madrid. España. Libros.

especies de la narración de la época.

Una vía que conduce a un uso intenso de la figura del pastor procede del teatro medieval. La escenificación del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo se repitió en todo el ámbito de la Europa clerical de Occidente y ha llegado a constituir un episodio general y reiterado que llega hasta nuestros días (belenes). Los pastores actúan como testigos, los primeros que conocen la Verdad anunciada. Pero cuando la teatralidad va imponiéndose, habrá un reparto de papeles en las representaciones religiosas procedentes de la tradición medieval: los Magos de Oriente pasaron a Reyes, a representar el poder y la ciencia, y los pastores recu-

peraron su función cómica, la enorme fuerza de la risa procedente de la simpleza, bobería o malicia.

El resultado de la versión de las Bucólicas de Enzina, las églogas de Navidad y su derivación hacia las profanas tienen como protagonistas a los pastores. En la conjunción que establece Enzina se anuncia ya el teatro pastoril, en sus manifestaciones religiosa y profana. Más adelante, cuando se constituye la comedia española, el pastor resulta ser un personaje válido para muchas funciones.

Los orígenes cercanos: Garcilaso

Garcilaso de la Vega (1503-1536) es uno de los grandes poetas conocido de todos como cabeza del Renacimiento español. Cronológicamente, su vida corre casi paralela a la de Juan del Enzina, pero a Garcilaso le caracteriza el escaso uso que hizo de las formas de tradición medieval y su empeño en obtener la naturalización de las formas, que tomó de los italianos.

Garcilaso prosigue y asegura, ya para siempre, la significación de una obra en la que intervienen pastores, valiéndose para ello del caudal literario que recibe de la égloga moderna en latín y en italiano. Formalmente, la diferencia básica con la obra de Enzina es que Garcilaso usa las nuevas estrofas y versos que proceden de Italia. Aparece en las églogas de Garcilaso una inclinación por la presentación teatral, que procede de la maestría de Virgilio. Aunque hoy con frecuencia las églogas de Garcilaso suelen entenderse como más propias para la lectura personal y aun ínti-

ma, sin embargo, también pudieron representarse en las fiestas de las cortes señoriales y aun en las reuniones de los hidalgos de las pequeñas ciudades y pueblos de España. Los pastores se expresan mediante monólogos y diálogos para una posible interpretación teatral; hay representación en el sentido de trasladar de la persona real al personaje el contenido de la obra. La égloga es una vía de libertad, al mismo tiempo que un disfraz. El caballero Garcilaso puede ser Salicio y Nemoroso. El «disfraz», como se le ha llamado, es un convencionalismo aceptado por todos y que el compromiso social convierte en verdad artística. Esto que a nosotros, como biznietos del Romanticismo, puede parecer un procedimiento negativo, no lo era para los contemporáneos de Garcilaso. Aunque resulte paradójica, este disfraz pastoril es un medio para expresar la intimidad.

El cometido fundamental de Garcilaso fue dar arraigo de un golpe, y en forma magistral, a este género de poesía pastoril en la lengua castellana de condición noble, y esto lo hizo españolizando al mismo tiempo el prestigio de la poesía lírica de Petrarca. A Garcilaso se debe el gran logro de afirmar para siempre el endecasílabo (y su acompañante, el heptasílabo) en la lengua española, y en conjunción, las formas estróficas flexibles y propicias para los diversos contenidos. Garcilaso es la equivalencia de Virgilio por cuanto, aun siendo su obra reducida, encabeza en este caso el arraigo definitivo de la égloga en la lengua vulgar castellana, el español en vías de universalidad. Gracias a este arraigo de la égloga que realizó, el

pastor pudo mantenerse firme como personaje literario en las formas nuevas del Renacimiento y aun entremeterse en las viejas de la tradición medieval, pero aún vivas, y ampliar el Romancero nuevo con el grupo de los romances pastoriles artísticos, que ensancharía más y más su prestigio.

Todas las modalidades que hemos visto del macrosistema pastoril tienen en común que son formas en verso. El lenguaje ha de poseer el más intenso grado armonioso y rítmico posible. Ello puede lograrse, bien aplicando sobre la palabra oral el artificio de la música, bien empleando el verso más adecuado para realzar esta intención de armonía. Así la obra se escribe en una tensión de *palabra-canto*, que se considera de orden natural. El verso resulta el mejor medio expositivo para el conjunto y la palabra *canto* resulta la forma más idónea para la comunicación pastoril.

¿De qué manera la prosa pudo entrar en relación con el sistema macropastoril, tan pre-dispuesto por su naturaleza misma al uso del verso? Existe en esta literatura un germen de narratividad propicio para su desarrollo. A veces es muy reducido, pues sólo actúa un personaje y apenas se mueve de un lugar. Pero el mismo curso de lo que dice ese único pastor en su sucesión comunicativa irá estableciendo la situación e integrando la condición pastoril; otras veces son varios los pastores, se van creando episodios que se relacionan en una trama. Al final del proceso nos encontramos con que la prosa literaria es el medio más adecuado para la expresión de esta modalidad de la literatura pastoril.

La *Arcadia*, de Jacobo Sannazaro (1458-1530), es otra obra fundamental en esta historia literaria. Sannazaro quiere formar una obra en la que se recojan los hilos dispersos de la tradición escrita de la literatura pastoril para formar con ellos una nueva trama de la misma naturaleza, pero mixta: una parte, la narrativa, está en prosa y, sucesivamente, otra, alternando con ella, está en verso. La obra de Sannazaro implicó una novedad en la presentación del material pastoril. La *Arcadia* adquiriría pronto en Europa, y por consiguiente también en España, la consideración de libro ejemplar. Será como una reserva, abundantemente utilizada, de tópicos y lugares comunes pastoriles.

Algunos aspectos de esta materia pastoril obtuvieron también forma literaria en los diálogos, un género poético notablemente cultivado en los comienzos del Renacimiento español. El pastor se diversifica en un gran número de caracteres: por de pronto, crecen los personajes femeninos y hay pastores y pastoras; los hay enamorados y desamorados, alegres y tristes, jóvenes y viejos, pacíficos e inquietos..., filósofos y bobos... Un pastor filósofo es lo más opuesto que cabe a un pastor rústico. El ocio es la condición propicia para la meditación. El pastor, personaje de la profanidad literaria, se empareja con el ermitaño que vive en el retiro contemplativo, es un personaje con una gran capacidad crítica e innovadora.

Si con Garcilaso el pastor pasó a ser representación del cortesano más elegante y sutil, con los coloquios pastoriles en prosa encontramos el caso de considerar críticamente la vida

de la Corte (en general, de la ciudad) desde un punto de vista filosófico y moral; esto ocurre con un fundamento religioso de orden moral, pero con una formulación que corresponde a la literatura de la calle, no de la iglesia. A pesar de que esta literatura de los diálogos, que de algún modo enlaza con el activo pensamiento erasmista, va perdiéndose después de 1530, o pasa a tratar otras cuestiones menos críticas, el pastor, como personaje literario, proseguiría por otros derroteros hacia nuevas formas genéricas.

La constitución del nuevo género: Montemayor

Sannazaro no fue el autor decisivo que abrió un nuevo grupo poético en el desarrollo del macrosistema pastoril europeo, sobre todo en relación con lo que era la gran novedad de la literatura moderna: la aparición y desarrollo de la novela. Otra constitución literaria, los *libros de pastores* si fueron un cauce nuevo para la materia pastoril, tuvieron una extraordinaria fortuna desde 1559 hasta las primeras décadas del siglo XVII, y se salieron, además, del ámbito español para constituir una moda europea.

Los libros de pastores son una obra extensa, que requiere una complejidad argumental conveniente para desarrollar una narración prolongada. La obra que fijó en principio las condiciones genéricas de los libros de pastores fue la *Diana*, de Jorge de Montemayor (h.1520-h.1560), un portugués que sirvió en las Cortes castellanas y que escribió casi toda su obra en español. Montemayor se movió en el ámbito de los círculos nobles,

en los que se promovía un orden de espiritualidad civil que acabó por resultar sospechoso. El promovía una religiosidad espiritual, en cierto modo personal, dentro de la ortodoxia. Sombras de erasmismo y de relación con la inquietud de los conversos se han querido encontrar en sus obras, y parece que eran más bien reflejo de la situación fluida que precedió al rigor de la Contrarreforma, cuando aún se confundían los propósitos de la reforma católica promovida por algunos españoles con las noticias de posiciones que iban siendo cada vez más radicales, procedentes de otras naciones.

Montemayor fue más allá de la obra de Sannazaro. En la *Arcadia* italiana, su autor reúne lo que puede denominarse una pastoral «cósmica», armonizando una considerable suma de elementos que procedían de la tradición pastoril antigua y europea, interpretándolos con un criterio pasivo. Montemayor opera más con la invención y proyecta el material pastoril con un criterio activo, es decir, dentro del cauce de una narración en el camino hacia la gran novela europea. No era su *Diana* una «novella» a la manera italiana, según el modelo asegurado por Boccaccio, sino algo diferente y más complejo, en la misma línea discursiva, pero más allá. La *Diana* es una de las primeras experiencias de la novela europea. Es una de las vías de la aparición de la tercera situación que llamamos *prosa poética*.

Por medio de la *Diana* y de los otros libros que siguieron, los lectores, dejando de lado el anzuelo de la clave biográfica, se entregaron a la lectura de estas obras por otros muchos

motivos. Lo que se había impuesto era un nuevo orden literario que abría otros rumbos a la literatura hacia un público mayoritario. Y esto se debió a la peculiar progresión de la narratividad: la trama argumental de la obra se hace más compleja. Crece el número de pastores y con ellos la intriga suspende al lector. En los campos pastoriles, identificados con topónimos españoles, los pastores se reúnen con personajes que proceden de las ciudades. Montemayor establece en la *Diana* una urdimbre literaria, en la que se reúne prosa y verso, la tradición de la égloga y los recursos de la novela, la suspensión de los libros de aventuras y la prolijidad del sentimiento y los brillantes cuadros cortesanos. Con esta suma armoniosa logra un acierto que, situado en un medio determinado, escribiendo inicialmente para el grupo cortesano, alcanza en muy poco tiempo un asentimiento en el grupo mayoritario que impulsa la gran literatura de los Siglos de Oro: la hidalguía española.

Sobre todo, las mujeres leían las *Dianas*, porque en estos libros encontraban los principios del trato amoroso y el lenguaje que habían de usar en sus conversaciones con los galanes. Con estos libros de pastores se extiende lo que en la Edad Media y en el primer Renacimiento había sido sólo propio de las altas clases sociales: la educación espiritual de la mujer.

Hay otro hecho, a la vez literario y sociológico, que testimonia este éxito de los libros de pastores en los Siglos de Oro: las versiones a lo divino que obtuvieron. La Iglesia quiso aprovechar para su labor de adoctrinamiento esas formas tra-

dicionales, las canciones cuyas glosas estaban en boca de todos. Tenemos al monstruo de los ingenios, Lope de Vega, cuando escribió *Los pastores de Belén* (1612), versión pastoril de la niñez de Cristo. Y los estudios sobre los grandes escritores religiosos, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, nos obligan a presuponer que también les alcanzó a ellos la experiencia pastoril. Para que hayan podido escribirse versos de la tersura de las Canciones entre el Alma y el Esposo, de San Juan, suma altitud de la mística española, había sido necesario que la literatura pastoril en verso y en prosa precedente hubiese calado muy hondo en los más sensibles espíritus acogidos al retiro del convento, lo mismo que lo había hecho en tantos y tantos lectores y lectoras de las *Dianas* profanas y en los remedos de los libros a lo divino.

Los libros de pastores de Lope y Cervantes

Todas estas obras pastoriles, que hoy nos parecen textos monótonos por su insistencia en la reiteración de parecidos asuntos y formas en el argumento y en la expresión, fueron para la hidalguía española desde 1560, durante un siglo, libros entretenidos. Puede que la monotonía sea una apreciación nuestra, debido al inevitable distanciamiento histórico. Los personajes de los libros de pastores convertían el amor en un motivo de vida, proyectado en una convención literaria dentro de la obra y tan diverso como lo es la condición humana. Estamos con ello asegurando uno de los motivos fundamentales de la novela europea, que se está

comenzando a constituir. Y además, el efecto de estos libros cubre otros géneros literarios, y el más inmediato, en estas decenas críticas de 1560 a 1580, es el que produjo para que acabase de fijarse la comedia española, según el patrón que impuso Lope. Se trata de otro caso en que un público numeroso, ya mayoritario, apoya una especie literaria renovada.

La difusión del grupo queda así probada de una manera evidente y es un factor sustancial para entender el conjunto de la literatura de los Siglos de Oro, hasta ahora poco tenido en cuenta.

De los autores de libros de pastores, algunos son escritores circunstanciales de una sola obra, como es el caso de Lope de Vega y de Cervantes. Uno y otro aportaron su contribución a este grupo genérico, y ello indica que lo consideraron de categoría suficiente para su cultivo. La *Galatea*, de Cervantes, es de 1585 y es el primer libro que publica; y la *Arcadia* de Lope, de 1598. En la *Arcadia*, el pastor es reflejo condicionado del noble que se representa.

La *Galatea* fue el primer libro que publicó Cervantes; con él pretende darse a conocer por medio de un libro impreso, y escoge este género de obras, de entre la gran variedad de libros que llegaban a imprimirse. Es un libro muy elaborado, aprovechando los mejores recursos y pensando en ese público que leía con gran apatencia las *Dianas*. Es el caso inverso de Lope: el acertado tino de Cervantes está en el uso de la prosa. En el verso, Cervantes es un poeta discreto, de talante manierista. El intensifica la función de los elementos novelísticos, que busca en la experiencia

de los italianos, en Boccaccio y en Bandello. Ello implica la preferencia por la invención de una hábil narratividad de contenido ficticio y, en compensación, una reducción de la función del disfraz pastoril; con esto sigue ese camino hacia la novela moderna y, sobre todo, descubre un aspecto poco tratado: el signo trágico de los amores. Amor, que es testimonio de vida, es también vía hacia la muerte, y la sangre se derrama en los sucesos contados.

Cervantes publica la *Galatea* en 1585; luego vendrían en 1613 las *Novelas ejemplares*, y en 1605 y 1615, la obra con la que comienza la novela europea: el *Quijote*. La *Galatea* es así el aprendizaje en la narración de un no ya joven autor (cuando la escribe tiene 38 años). Pero no rompe los moldes establecidos por Montemayor. Acepta la verosimilitud de estos pastores que cuidan rebaños y saben de filosofía.

Para escribir el *Quijote* Cervantes acudió a un gran número de especies literarias que se funden dentro de la obra para crear esta nueva manera de la novela moderna, y una de ellas fue la especie pastoril en la variedad de sus manifestaciones. En el escrutinio de la librería de don Quijote se mencionan los libros pastoriles. Y en varios episodios, como el de las bodas de Camacho, o en la representación que de la égloga de Garcilaso iban a hacer unos hidalgos de aldea, está presente el tema pastoril. Dulcinea, la dama que don Quijote creó para sí como señora de su nueva vida caballeresca, recibió un nombre pastoril, pues obedece a la onomástica de esta especie literaria. Y, por otra parte, el episodio

más importante que demuestra la relevancia de la concepción pastoril implícita en el *Quijote* ocurre en la parte final, cuando a don Quijote, derrotado por el Caballero de la Blanca Luna, y de vuelta a la aldea para cumplir el retiro que éste le impuso, se le ocurre hacerse pastor.

Todo lo dicho en relación con la literatura española, referido a los autores y al público de la monarquía de los Austrias, con respecto a los libros de pastores, puede extenderse al resto de Europa. Las diferentes literaturas vernáculas habían desarrollado las varias especies literarias del macrosistema pastoril de una manera paralela.

Cabe preguntarse hoy por la causa de este triunfo que pudo subyacer en esta experiencia histórica. Hay una nota que se transmite por la vía de la poligénesis social que acompaña a la tradición literaria, y es la siguiente: en el macrosistema pastoril encontramos sucesivamente en Grecia, Roma y Europa que las obras pastoriles aparecen en sociedades maduras y que han llegado a una sazón cultural en un curso político triunfante. Entonces aparece en estas sociedades un signo de cansancio, de querer volver a las formas primitivas de la vida. Esto se manifiesta por el tópico de una «Edad de Oro» perdida, en que las gentes vivían felices en su sencillez patriarcal. La literatura pastoril representa un testimonio de este deseo de recuperar dicha edad idílica, sublimado por la vía literaria. Las gentes que viven en la trepidante época del Imperio español leen con gusto los libros pastoriles. La Edad de Oro nunca volverá, pero puede imaginarse. Es como una utopía en sentido inverso. ■